

CAPITULO VII.

Porfirio Díaz se une á los revolucionarios

Después de haber sido Santa Ana Presidente de la República en varias ocasiones, cuando se concluyó la guerra americana se ausentó del país en destierro voluntario por espacio de seis años. Durante este período el país se había matenido en el desorden acostumbrado y en luchas intestinas, debido á lo cual la situación se hacía casi insostenible. Parecía no encontrarse por ningún lado un hombre capaz para tomar el mando y asumir las responsabilidades de la situación y muchos comenzaron á pensar en el desterrado ex-presidente como el único hombre que podía hacer frente á tal estado de cosas. Los amigos de Santa Ana defendieron su causa con ardor, de tal modo que en las elecciones presidenciales que tuvieron lugar á principios del año de 1853 el voto popular lo favoreció con una mayoría inmensa.

Y así Santa Ana fué llamado para tomar posesión del alto cargo que la Nación le confiaba, y el 1° de Abril del mismo año desembarcó de regreso á su patria en el puerto de Veracruz.

Su gran popularidad se hizo muy manifiesta en todo el país, especialmente en las comarcas de la costa donde desembarcó y en la capital. Con su elección sentían los ciudadanos respirar un ambiente de libertad, y tenían esperanzas de que el hombre que había tomado las riendas del poder traería á México la paz y el adelanto. Fueron olvidados sus errores y desatinos de su pasada administración, y sólo se manifestaban las mayores esperanzas de que su gobierno sería próspero y feliz para la nación entera: todos se encontraban dispuestos á gozar de la deseada tranquilidad y dedicarse á sus negocios y ocupaciones sin temor de que volvieran otra vez los disturbios políticos. Por todos lados se veía la mejor voluntad para

apoyar al Presidente Santa Ana; el pueblo le dió la más calurosa bienvenida, habiendo sido recibido y aclamado como un general romano victorioso al llegar á la capital de los dominios latinos. El pueblo olvidó todas sus faltas, olvidó su orgullo, sus extravagancias, su discipación, el derroche de los fondos del erario, su descuido en hacer cumplir las leyes fundamentales de la República y finalmente su egoísmo supremo. Todo el mundo anhelaba la paz, porque sólo así podía recobrase el país de la penosa situación financiera porque atravesaba. El completo estado de anarquía, producido por las inacabables contiendas civiles, tenía cansado al pueblo, por lo cual todos deseaban que volviera á entrar la nación á una era de progreso, paz y prosperidad, y era lo que esperaba de la elección del nuevo Presidente.

Si Santa Ana hubiera sido un Porfirio Díaz, se habría aprovechado de estas magníficas oportunidades que se le presentaron para engrandecer el país; pero ésto no se logró sino hasta un cuarto de siglo más tarde, porque Santa Ana no era sino un verdadero actor; su carrera tenía mucho de cómico: era hombre de carácter vano y superficial, amante de la ostentación y poseído de tanto egoísmo que no era posible que pudiera llegar á ser un verdadero patriota, capaz de sacrificarse por el bien de su país, que era lo que México necesitaba urgentemente en las difíciles circunstancias porque atravesaba. Necesitaba la nación de una mano firme é inflexible en promover los intereses de la paz á toda costa. Para lograr ésto será indispensable tener á la cabeza de la nación á un hombre de criterio amplio que pudiera mantenerse muy por encima de la tormenta de pequeñeces y prejuicios que lo rodeaban; que pudiera conciliar las facciones opuestas, que pudiera hacer amigos de los hombres más distinguidos de todos los partidos, y finalmente, que pudiera hacer surgir el orden del caos é inspirar confianza en la habilidad de la administración para cumplir su misión verdadera y defender la justicia y la equidad con manifiesto patriotismo.

No era hombre Santa Ana para semejante tarea.

No obstante haber prometido cuando entró á la capital, que serían olvidadas todas las ofensas políticas anteriores y que trabajaría con todo empeño por el bien del país, apenas se vió instalado como Presidente cuando comenzó á manifestar su desordenada ambición por el poder autocrático. Aunque fué electo para Presidente de la República y para trabajar por el bien de todos sus ciudadanos sin distinción de credos religiosos y políticos, se declaró en favor del partido conservador, cuya política tendía á la concentración del poder en la capital. Este paso dado por Santa Ana vino como consecuencia de su desordenada ambición y de las alabanzas de los aduladores. Pronto comenzó á considerarse á sí mismo como el salvador del país, á fuerza de oírlo repetir en el círculo de partidarios que lo rodeaba. Asumió el título de "Alteza Serenísima" y con el título el poder absoluto como dictador; y para poder sostenerse en esta posición, lanzó una proclama ordenando que el ejército fuera aumentado á 91,500 hombres, de los cuales 20,500 formarían las tropas regulares y el resto la milicia. El plan era incluir en la milicia todos los regimientos de los Estados, los cuales, de este modo caerían bajo el control directo de la autoridad central. Esto daría al Presidente la dirección é inspección del ejército en toda la República. Este plan hubiera sido de excelentes resultados si las intenciones del Presidente hubieran sido las de cimentar la paz, prosperidad y progreso de la nación. Pero la intriga y el desacierto nacieron con la misma constitución de Santa Ana y mientras se creía que trabajaba por el bien y adelanto de su patria, su principal idea no era otra sino la de proclamarse dictador absoluto, siendo á este fin á lo que tendían todos sus esfuerzos. Dispuso á su capricho de las autoridades municipales donde quiera que pudo hacerlo, lo que sucedía siempre en las pequeñas villas y poblaciones; y nombró para estos cargos á personas de su entera confianza, y de quienes tenía completa seguridad de que le eran



México Tropical.

adictos. El que deseaba un nombramiento de esta naturaleza ó para cualquier otro empleo público, debía manifestar su completa adhesión á la causa del Presidente. Por lo general, el gobierno que estableció fué de carácter militar, pues tanto los gobernadores de los Estados como los jefes inferiores en autoridad política, eran escogidos entre el elemento militar, el cual siempre había sido más ó menos adicto á Santa Ana, aun durante el tiempo en que éste estuvo en el destierro.

La orden de concentración en el mando de las milicias abrió un ancho campo para empleos, los que fueron dados por el Presidente como un obsequio á sus partidarios y amigos en toda la República, quedando por lo tanto más asegurada su estabilidad en la presidencia. Esta combinación en otras manos hubiera sido de resultados excelentes, pues hubiera asegurado la paz y así evitado la intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Pero no era él hombre que poseyera suficiente criterio para poder abarcar las posibilidades que tenía delante, y reunir en un todo homogéneo y útil los poderosos elementos de las varias facciones é intereses encontrados que habían mantenido á México en una agitación continua de levantamientos políticos y anarquía civil durante tantos años. Insistía él en que se tratara tanto á su persona como al alto puesto que ocupaba con la mayor deferencia, y exigía obediencia ciega á su menor mandato ó deseo. Su conducta altanera y su menosprecio á las leyes y á la constitución, lo mismo que el acto de haber asumido poderes dictatoriales, dieron origen á innumerables enemigos de su administración, que no descansarían sino hasta hacerla desaparecer.

El diez y seis de Diciembre de 1853 Santa Ana se confirió á sí mismo el título de "Alteza Serenísima," y bajo pretexto que existían desórdenes políticos en la República y de la necesidad en que se veía el gobierno de reconcentrar las fuerzas de la nación en manos de un hombre enérgico, prolongó indefinidamente.

te el carácter de dictador con que él mismo se había investido.

Entonces los liberales, que se encontraban enteramente excluidos de la administración, se levantaron contra Santa Ana acusándolo de que intentaba proclamarse emperador, que estaba asegurando á los conservadores en el poder á expensas de los liberales, y que sobre todo, había hecho caso omiso de las leyes fundamentales de la República, proclamándose dictador contra los deseos de todo el pueblo. Como consecuencia de ésto, pronto comenzaron los levantamientos contra su gobierno por todas parte del país.

En el mes de Febrero el General Alvarez, que después llegó á ser Presidente, levantó el estandarte de la revolución en el sur, y el 1° de Marzo fué lanzada la famosa proclama de Ayutla en el Estado de Guerrero; siendo sus cláusulas principales, la destitución del dictador, la convocación á un congreso para formar una nueva constitución y el nombramiento de los representantes para dicho congreso, por elección popular.

La idea revolucionaria cundió rápidamente por los Estados de Oaxaca y Guerrero, y el once del mismo mes, la guarnición de Acapulco se pronunció en favor del plan de Ayutla, al mando del Coronel Ignacio Comonfort, que había sido colector de la Aduana de ese puerto. Dichó Coronel fué uno de los que fueron destituidos por Santa Ana, para dar empleo á sus amigos y partidarios.

Como la revolución había tomado gran incremento, Santa Ana se vió obligado á ponerse en campaña, y á la cabeza de 7,000 hombres se dirigió hacia el foco principal de los revoltosos en el Estado de Guerrero. En el trayecto de su marcha á Acapulco obtuvo algunas victorias y finalmente puso sitio á la ciudad y puerto; pero se vió obligado á retirarse sin haber tomado dicho lugar. Sin embargo, el éxito que había tenido en lo general, influyó para impedir que se extendiera el movimiento revolucionario hacia el norte y el este del país.

Con el fin de calmar el sentimiento general que había contra la dictadura, emitió una proclama convocando al pueblo para nuevas elecciones presidenciales, para que así la mayoría decidiera si debía quedarse él en el puesto ó dejar á otro ocupar la presidencia de la República. Tuvieron efecto las elecciones, y aunque el dictador quiso mostrar su imparcialidad ostensiblemente, las personas designadas para recibir los votos eran sus amigos y partidarios, y bajo el pretexto de que hubiera orden en las votaciones, puso guardias en todas las mesas electorales á efecto de atemorizar á los que pretendieran votar en su contra. El resultado fué como se esperaba: Santa Ana tuvo completa mayoría de votos; pero en esta ocasión en vez de agradar al pueblo dicho triunfo, se manifestó entre la generalidad de la gente gran efervescencia en los ánimos y se comprendió que no podía esperarse otra cosa sino doblez de parte de Santa Ana.

Fué durante este período de la reelección de Santa Ana que apareció Porfirio Díaz en el horizonte político de México, del cual no se ha apartado desde entonces.

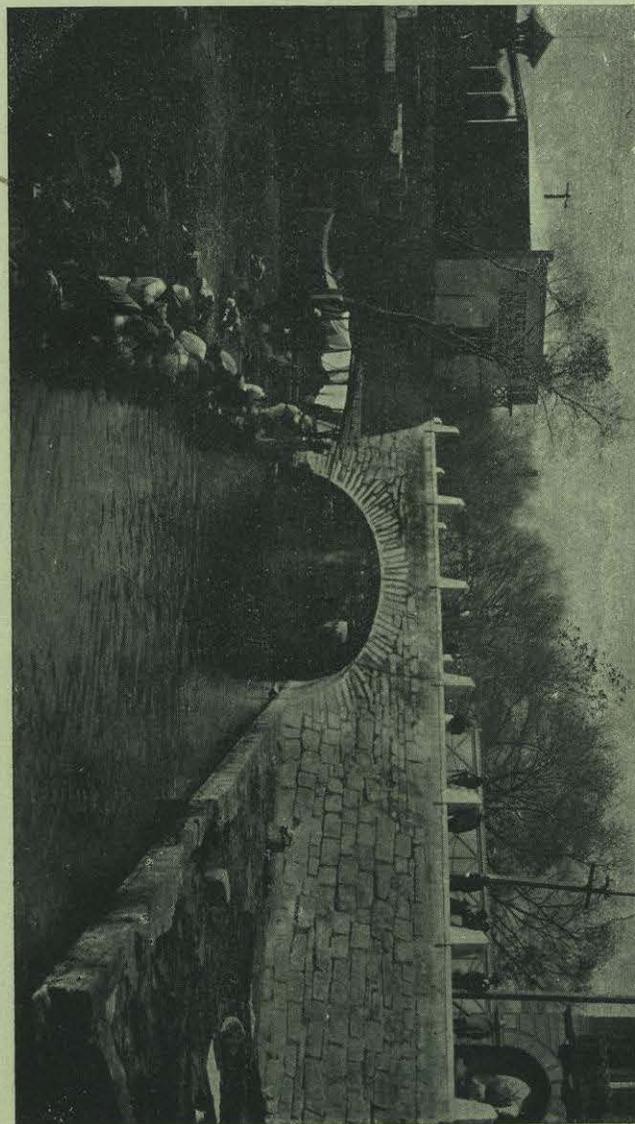
En Oaxaca como en otros lugares de la República, dió orden Santa Ana que los votos deberían ser recibidos por las autoridades locales, cuya presencia solamente era suficiente para impedir que se votara contra el partido imperante. Pero Santa Ana no se confiaba tan sólo en estas medidas, sino que dió instrucciones secretas por medio del Ministro del Interior á todos los Gobernadores de los Estados, para que éstos hicieran toda clase de esfuerzos á efecto de que triunfara la reelección. Como el sistema de votar consistía en escribir el nombre del votante en un libro á presencia de los exscrutinadores, era casi imposible que nadie se quisiera exponer á dar su voto contra el Presidente que estaba en el poder.

El 1° de Diciembre de 1854, día de las elecciones, Porfirio Díaz que hacía poco se había recibido de abogado, se dirigió al Palacio del Estado por pura curiosidad, y ver cómo se efectuaba la elección. Como

no era partidario de Santa Ana ni del partido que representaba, no llevaba la menor intención de votar. Conocía bien que no sólo era inútil, sino que era peligroso votar por un candidato de oposición. Como es natural, no deseaba sacrificar su posición en la sociedad, ni sus negocios, poniéndose en oposición con las autoridades políticas de Oaxaca, sin que de ello resultara ventaja alguna.

Pero no le fué posible permanecer ahí largo tiempo como espectador indiferente, pues de acuerdo con las instrucciones del gobierno de Santa Ana, Serapio Maldonado, en su calidad de autoridad del barrio en el cual Porfirio vivía, anunció en el colegio electoral que estaba autorizado por todos los habitantes del barrio para votar por el General López de Santa Ana para la presidencia de la República. Díaz inmediatamente protestó contra este acto, insistiendo en que no se inscribiera su voto, pues no deseaba ejercer su derecho de elector. No se hizo particular objeción á esto y el nombre de Porfirio fué borrado de la lista.

Más tarde llegaron los profesores y directores del Instituto Científico donde Porfirio había terminado su educación y todos en conjunto votaron por Santa Ana. El profesor Francisco Enciso, quien ocupaba en el Instituto la cátedra de Derecho Civil, preguntó á Porfirio si pensaba él votar, á lo que contestó éste que no deseaba hacerlo. Entónces Enciso dijo "que la gente que se abstiene de votar es únicamente por miedo." Era una indirecta á Porfirio, como tratándolo de cobarde, y ésto, á pesar de su temperamento naturalmente calmado, lo irritó vivamente. Porfirio olvidó en estos momentos las consecuencias que le podrían sobrevenir, tanto en lo que concernía á su persona como á sus negocios, y en un acto de violencia, empujando á través de la multitud que llenaba el colegio electoral, se aproximó á la mesa donde estaban sentados los exscrutinadores, abrió el registro de oposición y firmó su nombre en favor del General Juan Alvarez, Jefe de los revolucionarios en contra del Gobierno de Santa Ana.



LAVADEROS PÚBLICOS.

1020002983

La manera de tomar los votos era la siguiente: había dos registros para la votación, el uno para los votos de Santa Ana y el otro para los del candidato de oposición. Así pues, no sólo no había el menor secreto en la votación, sino que estaba de tal modo arreglado el asunto, que el elector que votara contra Santa Ana era descubierto en el acto, y miradas de irrisión eran dirigidas hacia el votante.

Como Porfirio firmó en favor del jefe revolucionario, el General Martínez Pinillos le previno que hasta ese momento nadie había votado contra Santa Ana.

“Entonces, tengo el honor de ser el primero,” dijo Porfirio á tiempo que firmaba su nombre.

Esa firma fué significativa en la vida del futuro gran caudillo militar, presidente de la República y reformador político social. Grande fué la sorpresa que causó entre los que estaban presentes, el acto de valor del joven abogado al dar su voto por el candidato de la oposición. Había arrojado el guante de desafío á los pies del mismo dictador. Pero si bien se encontraban allí los representantes de las autoridades constituídas en toda su fuerza y podían hacer lo que se les antojara, no supieron de momento exactamente qué determinación tomar, por haber sido la acción de Porfirio tan inesperada y tan fuera de lo común. Y si bien el estallido de la bomba que había arrojado en el colegio electoral, había creado confusión é inacción de pronto, era seguro que la provocación no quedaría mucho tiempo sin respuesta. Por lo cual, los amigos de Porfirio le aconsejaron salir del salón inmediatamente. Y así, mientras aún duraba la excitación, salió del edificio sin que nadie lo molestara; tan sólo quizá sintiendo en su interior el haber obrado tan festinadamente; aunque él no podía comprender en ese momento la vasta significación que ese mismo acto tendría en el curso de su vida futura.